23-5-2014



La pastilla cobardica

Un cuento divertido | Mª Gracia Morales

Las cajitas de pastillas corrían por la cinta del laboratorio recién envasadas. Dentro de una de ellas iba Pardilla, hecha a última hora, metida en su blíster, que es esa especie de cápsula donde va cada pastillita, entró toda aturullada y casi le pilla la máquina al cerrar el plástico.

A Pardilla nadie le había explicado para qué estaba en éste mundo, porque había sido la última fabricada aquel día y, una vez en el blíster ya no podía hablar con nadie.

La caja de Pardilla fue llevada a un hospital, y estuvo almacenada durante mucho tiempo hasta que alguien la cogió para llevarla a un doctor que la necesitaba.

Sus compañeras iban desapareciendo poco a poco y Pardilla, como estaba la última, se iba quedando cada vez más sola. Aunque en realidad no podía comunicarse con nadie por la lámina de plástico que era como una burbuja dentro de la cual estaban metidas, pero al menos podía ver a las demás.

Al final sólo quedó su blíster en la caja y por fin lo terminaron sacando al exterior.

Pardilla pudo ver entonces lo que pasaba con sus compañeras, cómo las cogían y se las metían en la boca a las personas que, sin pestañear… ¡se las tragaban…!

La pobre pastillita sudaba cada vez que desaparecía una de sus camaradas en las fauces de la gente que iban a la consulta… ¡y lo peor de todo era que estaban tan felices de ser tragadas! Aquello era un gran enigma para Pardilla que sentía pavor sólo de pensar en todos esos enormes dientes colocados en hilera y la grandísima boca que se abría para devorar a las inocentes pastillas.

Pardilla observaba aterrorizada cómo se acercaba el momento de sacarla a ella de su cápsula, ya sólo quedaban dos de sus compañeras, el momento se acercaba peligrosamente.

Al final sólo quedaba ella de toda la caja, en cualquier momento le sacarían de allí y… ¡no quería pensar en el final…!

Un día muy temprano entró en la consulta una niñita adorable, pero estaba muy enfermita. Pardilla se asomaba desde su envoltura con inquietud, seguramente ese sería el día en que la sacarían de allí para ser engullida por alguien…

Y así fue. La enfermera cogió la tableta donde estaba nuestra amiga y se la acercó al doctor, éste apretó el recubrimiento plástico para sacar a Pardilla por el otro lado y, entonces… se escapó, salió rodando por la mesa hasta un rincón

donde no podrían verla, chocó con un frasco y ahí se quedó. En aquel momento suspiró aliviada:

-¡Uf! ¡Por qué poco…!

El frasco le miró extrañado.

-¿Qué ha pasado? ¿Te has perdido?

-¡Oh, no! Me he escapado por los pelos.

El frasco se asombró aún más.

-¿Cómo que te has escapado?

-¡Pues claro que sí! ¡Me iban a comer!- Y sintió cómo un escalofrío recorría su cuerpecito redondo.

El frasco parecía enfadado ahora.

-¡Vaya, una pastilla cobardica!

-¿Cobardica?- Preguntó Pardilla desconcertada- ¡No soy cobardica, simplemente no tengo ninguna gana de ser la comida de nadie!

-¡Ja!- Dijo el frasco-¡comida, dice! ¡Tú no eres comida, preciosa, eres medicina!

Aquello no se lo esperaba y se quedó muda del impacto.

-Ahora mismo te necesita esa niña para ponerse buena, y tú no estás cumpliendo tu misión, si no te “come”, como tú dices, seguirá enferma. Incluso puede que se ponga peor.

Pardilla no sabía nada de eso, y tampoco quería saberlo, porque empezaba a sentirse fatal, pero seguía sin gustarle lo de ser devorada por nadie, estuviera enfermo o no.

-¿Oyes al médico? Ha enviado a la enfermara a buscar otra caja de pastillas como tú, pero se han acabado y ahora no saben qué hacer, porque lo que tiene aquí para curarla no es tan eficaz como tú. –Frasco hablaba con severidad a Pardilla, como un jefe a un empleado que hubiera hecho mal su trabajo.

-¿Y quién eres tú para hablarme así?

-¿Yo?- Preguntó él- Yo soy un jarabe para la tos, a mí me van vaciando poco a poco para curar a las personas y que no se les irrite la garganta.

Mª Gracia Morales

Pardilla estaba totalmente confusa.

-¿Es que a ti nunca te explicaron para qué servías? –Preguntó el jarabe.

-No… cuando fui a la reunión previa al envasado ya había salido todo el mundo y, aunque corrí todo lo que pude para alcanzar a mis compañeras, ya estaban todas metidas en su capusulita… no pude preguntar a nadie…

-¡Ah! Ya entiendo. –Dijo Frasco.

-Entonces, ¿mi misión es curar a esa niña?- Preguntó con timidez.

-Lo sería si no te hubieras escondido aquí…

Pardilla se quedó pensativa un momento. Intentaba colocar las nuevas piezas en el puzle de su cabeza

-Tengo una idea. –Dijo al fin.

-¡Ah! ¿Sí? y ¿cuál es?- Preguntó Frasco todavía picado.

-¿Podrías empujarme para ponerme en pie y hacerme rodar hasta el médico hasta que me viera?

Frasco seguía un poco molesto por la actitud tan irresponsable de aquella pastilla, pero al final accedió a ayudarle.

Les costó un poco pero cuando al fin consiguieron que Pardilla pudiera rodar, le dio un empujoncito y ella volvió a recorrer la mesa del doctor hasta ponerse frente a él. Se le veía con cara de preocupación explicando a la madre de la niña que sentía mucho lo de la pastilla. Iba a ponerle una inyección que no era tan eficaz, pero había que hacer algo con la enfermita porque se estaba poniendo peor.

Pardilla estaba allí sin poder hacer nada para que la vieran, no podía gritar: ”¡Eh, estoy aquí!” ni nada parecido porque nadie la oiría.

El médico se levantó para coger una jeringuilla y una aguja. Se puso unos guantes y buscó un frasquito con la medicina para inyectar.

La enfermera se acercó con un algodón y alcohol para preparar el brazo de la niña y los dejó en la mesa muy cerca de donde Pardilla estaba, pero no la vio.

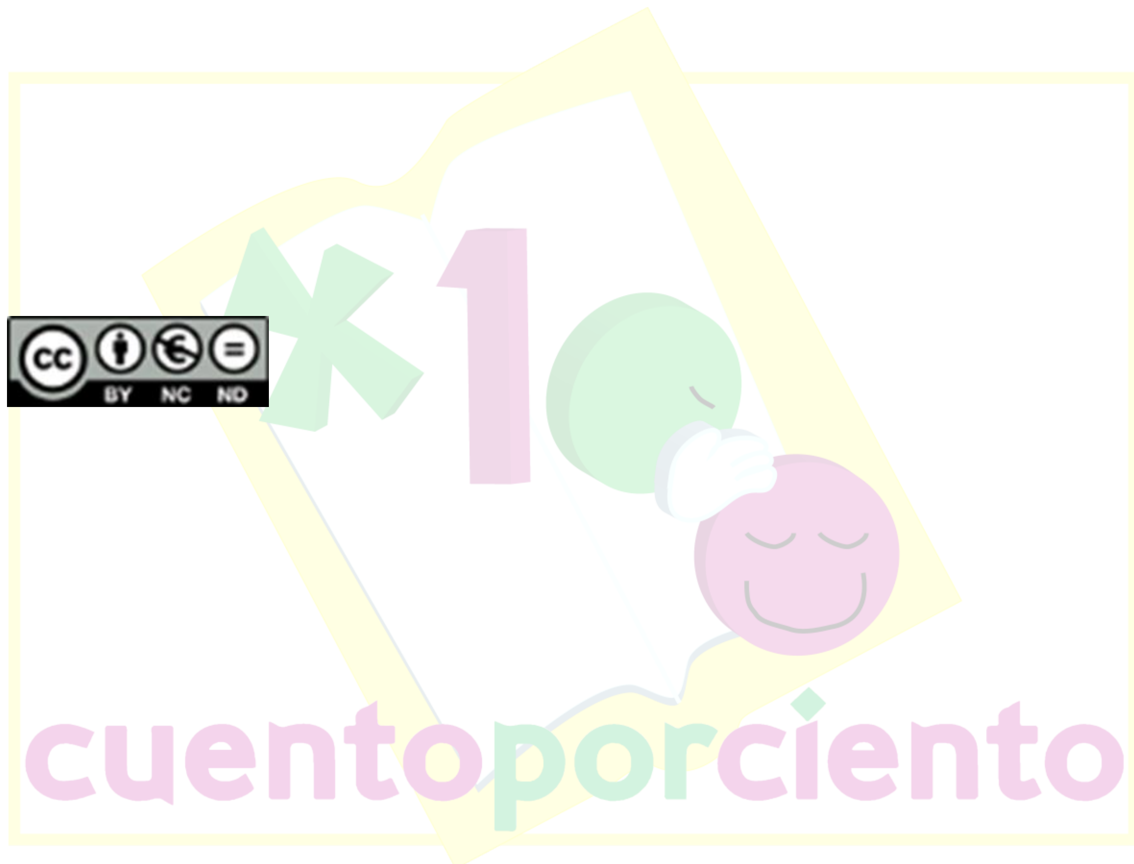
Cuando por fin volvió a cogerlos, arrastró a la pastilla sin darse cuenta y cayó al suelo.

-¡Ah Pardilla, lo has estropeado todo!- Se dijo a sí misma.

Pero de pronto… la niña la vio y se lo dijo a su mamá.

El médico se acercó, la cogió y comprobó que era la que necesitaban.

Cuando Pardilla iba camino de la boquita de la pequeña, miró a Frasco y, a pesar de que seguía aterrorizada, le sonrió. Frasco le devolvió la sonrisa y desapareció de su vista: ¡Pobre Pardilla! Al final parecía haber comprendido que su existencia hubiera sido más larga pero inútil si se hubiera quedado en la mesa escondida para que nadie la encontrara…pero entonces…¿qué hubiera sido de la niña…?



Mª Gracia Morales